

PROCESO DE FRAGMENTACIÓN DEL REGISTRO
ARQUEOLÓGICO. ANOTACIONES TAFONÓMICAS DESDE EL
YACIMIENTO PREHISTÓRICO DE POCITO CHICO,
EL PUERTO DE SANTA MARÍA (CÁDIZ, ESPAÑA).

Resumen: El objetivo de este artículo es valorar una serie de argumentos que actualmente dan una mayor relevancia a los fragmentos de cerámica. En esta discusión se muestran los resultados obtenidos a partir de una gran cantidad de evidencias que encontramos en la bibliografía. Los resultados que exponemos son los obtenidos en nuestra investigación de Pocito Chico (Bahía de Cádiz), donde propusimos la aplicación de un test de cohesión, precisamente para corregir el valor de la estratigrafía mediante el índice de unión que mostraban los tiosos fragmentados. Concluimos con la necesidad de conservar los restos fragmentarios para aplicar nuevas técnicas de investigación que nos permitan reconstruir algunas relaciones sociales.

Palabras Clave: Prehistoria, arqueología, fragmentación, cerámica, Bahía de Cádiz, tafonomía.

Abstract: The aim in this article is assessing a series of arguments which, at present, give a greater relevance to pottery fragments. This discussion shows the results obtained from a great quantity of evidence that we found in bibliography. The results we are setting out are those achieved in our research of Pocito Chico (Bay of Cadiz) where we proposed applying a Test of Cohesion, precisely, in order to correct the value of the stratigraphy by means of the index of union on the fragmented pieces of pottery. We concluded with the need for conserving the fragmentary remains so as to apply new research techniques which will allow us to reconstruct some social relations.

Key Words: Prehistory, archaeology, fragmentation, pottery, Bay of Cadiz, tafonomy

1. Introducción

El punto de partida de este trabajo se encuentra en la investigación realizada y publicada como *Formaciones Sociales agropecuarias en la bahía de Cádiz* (Ruiz Gil y López Amador: 2001). Allí constatábamos la deposición "intencionada" de fragmentos cerámicos. El punto de partida era, para nosotros y en aquel tiempo, la concepción de que la vajilla cerámica que encontrábamos fragmentada lo había sido por el uso o por un accidente. En todo caso, descartes aleatorios que se tildaban de 'basura'. De forma paralela, contábamos con la experiencia

* Profesor Asociado Doctor. Área de Prehistoria. Universidad de Cádiz.
Fechas de recepción y aceptación del estudio: 4-I-2005 y 8-III-2005.

de haber exhumado gran cantidad de estructuras excavadas en el suelo, los conocidos 'silos' del Bajo Guadalquivir, donde la deposición mostraba unas características muy peculiares.

Estas reservas, propias de un 'campo de silos', como el de La Viña-Cantarranas (El Puerto de Santa María, Cádiz), las encontramos en el yacimiento de Pocito Chico en sendas estructuras del Calcolítico (c. 2281 cal. A. C. -carbón- y c. 2178 cal. A.C. -conchas-) y Bronce Final (c. 771 cal A.C. -hueso- y c. 1253 cal A.C. -conchas-). En el estudio de esta segunda estructura tuvimos que barajar la posibilidad de una deposición intencionada de fragmentos, para lo que encontramos un interesante apoyo en un trabajo de 1996 de John Chapman, donde confiaba las decisiones sobre la deposición en reglas estructuradas cultural y socialmente, reglas que no distinguían orden/desorden, pureza/contaminación, sino que suponían la rotura deliberada antes de la deposición.

De todos es conocido que objetos muebles, incluso algunos de gran porte, han sido fracturados con idea de inutilizarlos o de condenar su memoria (*damnatio memoriae*). En el continente americano citamos a culturas más desarrolladas, como olmecas y mayas; o a los Ipiutak, quienes en sus ritos funerarios inutilizaban las pertenencias del difunto para que viajasen con él al más allá. En otro orden de la vida, en conexión con los ritos mágicos de caza, el amuleto o el objeto sustitutorio del animal cazado se rompía, toda vez que había perdido su valor en el uso.

La fragmentación intencionada de cerámica ha sido puesta en práctica tanto por comunidades nómadas como sedentarias. Respecto de comunidades nómadas, la rotura de elementos "sagrados" implica la realización de ritos de transición, que resumirían los ciclos estacionales relacionados con las salidas y llegadas a nuevos y viejos asentamientos. Ya I. Smith en Windmill Hill había propuesto la existencia de *meeting place*, un lugar de celebración de fiestas comunales y rituales, donde se depositaban restos humanos y residuos de las actividades que mostraban integración y reproducción social.

En cuanto a los establecimientos más o menos permanentes, donde la continuidad de residencia es una parte más, activa y dinámica, de vida social, las relaciones sociales cristalizarían en un número de prácticas sociales, entre las que se incluye la fragmentación de artefactos. Para J. Chapman, en estos lugares la realidad social clave era el hecho de morar en las "casas de los antepasados", es decir, en viviendas directamente asentadas sobre el lugar donde vivieron los ancestros. Los depósitos que comprende el tell tienen mayor significado que el material de construcción empleado en las viviendas, teniendo en cuenta que el

material de construcción básico es el barro o el adobe. La excavación de hoyos en el material ancestral constituye un acto simbólico de gran valor (Chapman: 1996, 214).

En la misma dirección, pero en sentido contrario, actuarían los objetos completos. En efecto, estos representarían la integración social. La deposición de pocos objetos, rara en necrópolis y hallazgos aislados del Neolítico, significaría un tiempo/lugar en el que era importante enfatizar integración mejor que fragmentación social, esto explicaría porqué la mayoría de los vasos completos fueron depositados en estos contextos. Pero tales lugares/tiempo también significan personas particulares con poder para estructurar las relaciones entre la gente y los objetos. Es significativo que una de las características primeras del Calcolítico sea el incremento en la deposición de artefactos completos. Hay que citar como ejemplo los depósitos de vasos cerámicos completos en contextos mayoritariamente fragmentarios de los "campos de silos" del valle del Guadalquivir (Ruiz Gil y Ruiz Fernández: 1989).

El axioma de J. Chapman en *Fragmentation in Archaeology* es que la identidad de las personas se construye con los objetos que usan y en los lugares que habitan. Esta idea no resulta ajena al pensamiento arqueológico más extendido. Así lo hemos expuesto recientemente (Ruiz Gil: en prensa), donde definimos al ser humano como 'manipulador', desde un punto de vista tanto manual como intelectual. De hecho, esta ecuación ha sido válida hasta la llegada de nuestro mundo 'virtual'.

2. La fragmentación de objetos de arcilla

"Formó pues el Señor Dios al hombre del lodo de la tierra, e inspiróle en el rostro un soplo o espíritu de vida, y quedó hecho el hombre viviente con alma racional" (Génesis II, 7, 1982).

Así, en la Biblia, quedaba unido el origen de la Humanidad al de la alfarería. La divinidad se asemejaba a un ceramista, como *Inum*, dios egipcio que trabajaba el barro y modelaba a los hombres en su torno de alfarero (López Grande: 1994, 14).

Pero el paralelismo entre hombre y objeto cerámico no sólo forma parte de la esfera religiosa o del mundo de las creencias. Nosotros mismos, en un dechado de raciocinio, describimos cacharros y fragmentos por analogía con nuestros cuerpos: boca, labio, asas de "orejetas", hombro, cuerpo, y pie. No debe extra-

ñamos, pues, que exista una relación entre los humanos muertos y la cerámica como contenedor de sus restos. Volviendo al mundo de las creencias, el enterramiento se puede interpretar como una vuelta al barro primordial: "en barro eres y en barro te convertirás", si seguimos el rito cristiano.

Nos interesa más una clara exposición con respecto a la cerámica, esto es, su empleo para alojar cuerpos humanos. Podemos regresar al universo egipcio para introducir en nuestro discurso la relevancia que en los últimos años están adquiriendo los sarcófagos de arcilla (López 1994: 15-16). Asimismo, se nos vienen a la memoria multitud de ejemplos arqueológicos, principalmente todos aquellos que implican los conocidos *pithoi*.

Sabemos que estos contenedores funerarios han de tener un tamaño adecuado a los finados. Y también conocemos la dificultad de su manufactura. Por esto, es mucho más frecuente encontrar grandes contenedores, léanse por ejemplo ánforas, con niños en su interior. La solución empleada ha sido la de asociar la inhumación con una cubierta de recipientes invertidos (López Grande: 1994, 18). La mayoría de las veces esta cubierta consistía en un buen número de tios cerámicos.

En relación con esto que venimos diciendo, puede darse el caso de que exista una asociación entre las partes anatómicas del pote cerámico con las humanas. Así, en Heracleópolis Magna, durante el Tercer Período Intermedio avanzado (fines del siglo VIII a.C.) los fragmentos de la boca de una tinaja, no suficientemente grande, se encontraron junto al cráneo, las asas en los brazos, los galbos sobre el torso y bajo la espalda, y la base de la tinaja se halló en los pies (López Grande: 1994, 18-19).

Dos cosas nos sugieren estas evidencias de Egipto. Por un lado la relación de determinadas áreas anatómicas humanas y objetos cerámicos completos. Y, por otro, la asociación de reliquias, incluso del cadáver completo, con fragmentos cerámicos. En el trabajo citado de Gavin Lucas (Lucas: 1996), la conversión de una persona del linaje en un ancestro se percibe en tres etapas: inicial, desarticulación y final. El comportamiento de la cerámica es así: los vasos simples se colocan en la entrada y los carenados al fondo. También, en el Yorkshire, entre los campaniformes la posición dominante de los potes es la cabeza, marcando los vasos de forma acampanada una tendencia a situarse en la espalda y los de almacenaje frente al cuerpo o la cara.

John Chapman se ha referido con especial detenimiento al caso de la cerámica fragmentada, por cierto, lo primero que llama la atención. Durante la exca-

vación del túmulo del dolmen del Prado de las Cruces, en Ávila, F. Fabián constató la existencia de un depósito de cerámicas, algunas incompletas y la mayoría fragmentadas, inmerso en una matriz de tierra rica en materia orgánica (Fabián García: 1995, 134).

Como he referido, el estudio de Chapman se centra especialmente en el caso del Primer Neolítico Templado de los Balcanes. El marco para comprender la fragmentación cerámica está atado a tres factores interrelacionados: (1) la extensión de instituciones más o menos permanentes; (2) el grado de sedentarismo en la red de asentamientos; y (3) la extensión en la que se concluyen las sucesivas transacciones. Estos tres factores se encuentran en la encrucijada funeraria, en la que la deposición estructurada de un conjunto de vasos, así como de formas, constituye un rango último de prácticas sociales importantes.

No obstante, es interesante considerar algunos ejemplos que adopta para introducir el problema. Las relaciones sociales, como venimos pregonando, pueden ser vistas de dos formas: por encadenamiento y por acumulación. Los pots completos pueden haber representado integración. En conjunto, la solidaridad de grupo y su constitución sucesiva. Así, para Chapman, los pots rotos pueden haber simbolizado ruptura y división, una fricción que conduce a la disolución grupal.

Hay objetos que no pueden ser restaurados o completados por que nunca fueron depositados completos. Sus roturas son viejas y dependen del uso predeposicional. Se han dado varias explicaciones a este fenómeno:

- (1) los objetos se rompen accidentalmente o por el uso;
- (2) los objetos se entierran porque están rotos;
- (3) los objetos son fragmentados ritualmente y depositados completos o en piezas;
- (4) los objetos se rompen y se dispersan por el asentamiento y alrededores;
- (5) los objetos se rompen deliberadamente, para ser usados en relaciones encadenadas, y luego enterrados;
- (6) los objetos rotos se almacenan para su posterior uso.

En el primer caso, se señala la diferencia existente con los fabricados en piedra y hueso; y es que estos son más difíciles de romper por accidente. La primera decisión es descartar el objeto, la segunda es dónde depositar el resto. A esta fragmentación 'normal' se corresponde una deposición no estructurada.

La segunda explicación ha sido avanzada por Meillasoux, para una amplia variedad de objetos de propósito especial, y refinada por Garfinkel en el contexto del llamado "enterramiento ritual" de objetos de culto en el Neolítico y Calcolítico de Oriente Próximo. Meillasoux argumenta la existencia de artefactos de propósito especial, cuya distribución yace fuera de la esfera "normal" de circulación. Por lo tanto, seguimos teniendo una fragmentación 'normal', pero con un depósito estructurado, sólo para determinados objetos. Es el concepto de *favissa* u ocultamiento de carácter ritual o religioso. Chapman encuentra varias objeciones, como la de distinguir lo sagrado de lo profano, e incluso el propósito especial de las esferas de intercambio generalizadas. Además, se trata del depósito de muchos hallazgos especiales inmediatamente después de rotos u obsoletos. En tercer lugar, muchas figuritas han sido hechas de forma que permiten una fragmentación sencilla, lo que sugiere una rotura durante su vida de uso, no en su final.

Una variante de este caso se plantea en el entierro ritual de conjuntos de fragmentos pertenecientes a objetos de uso cotidiano, rotos *in situ* como contenedores de ofrendas votivas. Un buen ejemplo lo encontramos en las pasarelas de madera construidas sobre humedales, como Sweet Track (5218±75 BP-5108±65 BP) y Burtle Bridge Track (4355±60 BP-4327±60 BP) (Bond: 2003). Si bien en el primer caso la cerámica era fina, similar a las que aparecen en los lugares de ofrendas.

La tercera explicación combina datos arqueológicos y etnográficos. Se trata de razones de odio (*damnatio memoriae*), contaminación, y repugnancia con la propiedad del difunto, como las copas rotas en tumbas del Bronce Egeo o en los *siliquernia* orientalistas que hemos tenido ocasión de experimentar en la necrópolis del Castillo de Doña Blanca (Bahía de Cádiz). A esto unimos otros materiales, como las puntas de flecha y hachas de metal aparecidas en los *long barrows* del Neolítico y Bronce británico. También podemos añadir la rotura de copas, si bien de vidrio, en los brindis festivos eslavos. Así pues, a una fragmentación ritual, correspondería una deposición estructurada y agrupada. Por esto, una característica de estos artefactos "asesinados" es que todas las partes se encuentran juntas en el mismo depósito.

La cuarta explicación deriva de la investigación en figuritas Jomon japonesas. Tsuboi Shogoro (fines del siglo XIX) propuso que estas figuritas fueran el centro de rituales comunales, al final de los cuales perderían su poder mágico y serían descartadas, incluso arrojadas a montones de basura. En 1974, Maseyoshi argumentó, de forma muy criticada, que los rituales comunales resumían el ciclo vital femenino, simbolizando las figuritas la fertilidad. Posteriormente, eran

rotas y dispersadas por los alrededores del poblado, donde desde diferentes lugares traían vida renovada a la tierra.

Un soporte para el patrón de rotura deliberada y su dispersión dentro y entre yacimientos se encuentra en el análisis contextual de Bausch de figurillas del Jomon Medio del complejo Shakado, excavado casi completamente. En la muestra más conocida de figuritas Jomon Medio excavadas, solo se descubrió una completa y sólo 15 se pudieron componer. Una observación importante es que dos fragmentos de partes pudieron ser unidos desde áreas separadas (230 m.) Desde que el complejo Shakado fue excavado intensivamente, Bausch argumenta que el resto de las figuritas está depositado en zonas no excavadas del yacimiento, y reconstruye en lugar de transferir fragmentos de figuritas a otros poblados. Ella también apunta a otras categorías de hallazgos rituales, que son siempre o usualmente depositados rotos, como pedestales de cerámica, cabezas de bordes de cerámica, potes con bordes atravesados y vasos en miniatura.

La idea de la incorporación de objetos deliberadamente rotos a contextos de ritual fue avanzada para el Neolítico Balcánico por Höckmann en 1965 y 1968 y por Makkay. Höckmann notó que la consistencia de la arcilla y la temperatura de cocción de las figuritas de cerámica de bandas lineales, la gran mayoría de las cuales era depositada en fragmentos, hacía que tal rotura accidental fuera extremadamente improbable. Makkay describió esto como "un ritual de rotura de vasos", uno de los tipos de sacrificio no sangriento del Neolítico y Cobre Balcánico. Esta explicación tiene el mérito de explicar no sólo la rotura intencional de objetos sino también su dispersión en muchos contextos. Sin embargo, la unión específica entre diosas, fertilidad y fragmentación de figuritas está en todas las hipótesis, ya que otros objetos no están tan evidentemente conectados con las mujeres. Pero la noción de dispersión del significado simbólico a través de la deposición después del uso es un punto importante que contribuye a una explicación completa de los objetos rotos.

La quinta explicación está en que muchos objetos del Neolítico y Cobre han sido rotos deliberadamente durante su vida de uso, por la contribución esencial que la fragmentación de objetos hace a las prácticas sociales más extendidas y menos específicas. Antes de escrutar la evidencia sobre la fragmentación deliberada de objetos, volveremos a explorar las relaciones entre la gente y los objetos y el potencial que esto tiene para comprender la fragmentación de objetos. Esta exploración nos introducirá los conceptos clave de "encadenamiento" y "acumulación".

En sexta posición he mencionado la rotura, posiblemente por el uso, aunque no se puede descartar el rito, con la finalidad de utilizar de nuevo el fragmento. Si hemos hablado de la búsqueda y reutilización de materiales ancestrales en los asentamientos, también hemos de hacernos eco del trabajo de Gibson (Gibson: 2003, vi-vii) en el que atribuye a una "mitología ancestral", la regeneración de fragmentos de cacharros pertenecientes a un tipo cerámico o a una persona en nuevas formas, incluso hasta en tercera generación. Acepto que tal uso pueda entrar discutiblemente en la esfera de lo ideológico. Pero, en cualquier caso exigiría su almacenamiento estructurado.

Un detalle a considerar es la relación existente entre el descrito contenido en fragmentos de cerámica y los contenedores adoptados: fosas excavadas en el suelo. El análisis a mayor escala de formas cerámicas que remontan es el de Kobili'nski y Moszczy'nski, unos 14.000 fragmentos encontrados en el relleno de 29 rasgos negativos del yacimiento medieval Antiguo A de Wyszogród, Polonia, del que se había excavado un 8% (Chapman: 2000, 60). Fontana ha estudiado el conjunto Neolítico Medio italiano de Fimon Molino Casarotto. Para esto usó el marco schifferiano para definir la función de zona de yacimiento, mejor que para inferir relaciones sociales. (Chapman: 2000, 60-1).

El único yacimiento paleolítico balcánico con análisis extensivo de remontaje ha sido el de Endröd 119. Para Makkay, los vasos fueron rotos en dos o más fragmentos, siendo usados de forma diferente antes de la deposición deliberada en episodios separados. De la excavación completa del yacimiento, este autor citado por Chapman (Chapman: 2000), sigue dos conclusiones claras: primero, hay todavía un gran número de "formas huérfanas" cuyas partes que unen no se han depositado en el yacimiento; y segundo, la evidencia de fragmentación se observa en contextos estructurados, como pozos rituales y grandes hoyos. En otro yacimiento balcánico, en concreto Ovchanovo-Gorata, al Noreste de Bulgaria, perteneciente al Neolítico Medio-Antiguo, Angelova confirma el patrón de Makkay en Endröd, que repite la deposición en hoyos de partes del mismo objeto (Chapman: 2000, 62).

La intensa fragmentación de cerámica -dominan los tamaños entre 3-5 centímetros, incluso menos-, ha sido puesta en relación con una limpieza sistemática de las zonas habitadas, como en El Capricho (Barajas, Madrid) (Díaz del Río: 2001, 181). Como quiera que el suelo no ha sido reiteradamente ocupado, incluso encontramos lugares donde se pone en solfa la existencia de suelo, junto a la presencia casi absoluta de estructuras de almacenaje tipo 'silos', se indica que tal fragmentación es una consecuencia del vertido (Díaz del Río: 2001, 189). Con respecto a estas fosas, F. Fabián descarta el 'gesto higiénico', señalando que

no todas tendrían la misma función, ni serían usadas igual (Fabián García: 1995, 93).

En aquellos yacimientos donde no encontramos una investigación sistemática, las mejores oportunidades para reconocer fragmentos nos viene de los casos de objetos decorados especialmente. Chapman dispone de más ejemplos de los Balcanes, Danubio, y Bohemia, aunque sólo citaré expresamente el caso de los vasos antropomórficos del tell Neolítico Tardío de Szegvár-Tűzköves. La parte superior del pote se encontró en una casa del tell y la parte inferior en otra casa a 75 m. de distancia. Algún otro ejemplo de estudios de fragmentación cerámica se encuentra en:

- Potes de sal: ("rhyton de culto", o "vaso cubo de carbón") característico del Neolítico Adriático (4800-3500 cal BC). Hay una preferencia hacia las patas. Se trata de las partes más reconocibles del vaso y sin duda habría sido reconocido de inmediato por individuos neolíticos que conocieran el interior. Esta categoría de vasos se identifica a menudo por fragmentos muy pequeños, de donde los significados simbólicos de los vasos se transfieren a través del comercio de formas. Esto sucede en el sur de Italia e islas Lípári, donde el resto de las cerámicas no aparece después de realizar excavaciones extensivas (Chapman: 2000, 65).

- Figuritas: hay un patrón de fragmentación de figuritas en todos aquellos yacimientos de donde se han publicado los datos completos. En aquellos donde hay más de 100 casos, el 10% se ha depositado completo. Los datos muestran que en poblaciones grandes la norma es depositar no más de una figurita completa, con excepción de las figuritas depositadas en circunstancias especiales (Chapman: 2000, 68-9).

- Tapaderas prosopomórficas: con representaciones de cabezas de animales o de humanos. Es probable que cada tapadera se refiera a la persona que la hizo, a la que la usó, o al ánfora relacionada. Casi el 98% están fragmentadas. Resch propone que las tapaderas prosopográficas fueron manufacturas especialmente en el momento de una defunción y fueron usadas en rituales para representar la muerte nuevamente; una vez que estaba libre el o fuera de él. Pero hay formas zoomorfas (Chapman: 2000, 80-1).

- mesas de altar: (lámpara, trípode, o mueble en miniatura) vaso contenedor con 3 ó 4 patas, algunos con terminales antropomórficas o zoomórficas en las esquinas o en las patas. No llegan al 10% en cada yacimiento los altares que están completos en el momento del depósito (Chapman: 2000, 82).

- signos incisos: la manufactura de objetos con diseños inscritos, característicos del Neolítico y Calcolítico balcánico, ha sido asociada con el ritual o la complejidad socioeconómica mejor que con un presunto difusionismo mental. Se encuentran dos categorías: de motivos incisos en la arcilla con textura de cuero o cocida y motivos incisos profundamente o moldeados en una superficie rebajada. Hay una relación inversa entre los grupos que hacen objetos con signos incisos y los grupos que hacen pintaderas/sellos estampados (complejidad socio ritual vs. transacciones económicas) (Chapman: 2000, 85).

-pintaderas: que en el estudio de Makkay (1984) se mostraban completas al 73% en un área que abarcaba desde el Sur de Grecia al SW de Alemania. Por el contrario, sólo un 19% mostraba daños mínimos que no afectaban al motivo (Chapman: 2000, 89-90).

También parece que hay una relación entre la fragmentación cerámica y el carácter del relleno de estas estructuras excavadas en el suelo. En el yacimiento de El Jadramil, Arcos de la Frontera, Cádiz, caracterizado por los hallazgos campaniformes, en sus primeros niveles son más numerosos los hallazgos, a partir de los cuales se van reduciendo progresivamente, aunque hay fragmentos en los más profundos (Lazarich González: 2003, 342). Otro aspecto a destacar es que se localizaron fragmentos correspondientes a una misma vasija en distintos niveles de una estructura, como es el caso de B-17 y B-22, B-18 y B-18' y de B-22/B-23 (Figs. 27, 31, 35 y 37), por lo que los niveles de rellenos de éstas no son fiables desde un punto de vista cronológico-etnográfico (Lazarich González: 2003, 341).

No se trata de recipientes fragmentados *in situ* y abandonados allí descuidadamente (Fabián García: 1995, 77), tras lo que se irían introduciendo en la fosa inmediata (Fabián García: 1995, 93). Para F. Fabián, y nos lo recuerda en más de una ocasión, "...la función desempeñada por los fragmentos cerámicos parece más enigmática ..." (sic). Pretende solventar el enigma apuntando la procedencia de los restos del hoyo de un lugar cercano pero no integrado dentro de estos campos de fosas. Incluso dice que si su función exacta en las actividades llevadas a cabo en cada fosa es difícil de averiguar, podría tener relación con las propiedades de los fragmentos cerámicos, ya sea en cuanto a sus características formales, sus propiedades térmicas, etc. De hecho, el campo de silos de Cantarranas-La Viña (Bahía de Cádiz) y el de El Trobal (Jerez de la Frontera) muestra una tendencia a la agrupación de las estructuras excavadas.

A pesar de esto, Fabián descarta que las basuras se guardasen en lugares *exprofeso*. Adopta una cita de Binford, en concreto sobre los alyawara australia-

nos, quienes excavan hoyos para asar carne. Así lo probarían los restos de huesos fragmentados dedicados a la cocción. En este contexto las cerámicas eran reutilizadas en estas presuntas áreas de manipulación de alimentos, únicas muestras de la existencia de un poblado, cuyo orden tenía que quedar alterado en el momento de recoger lo que se estaba exponiendo al fuego (Fabián 1995: 93). Pero, ¿y si la basura no fuera algo sucio y despreciable? Es decir, ¿Y si no tuvieran basura?

3. La fragmentación de objetos no cerámicos

A diferencia de la fragmentación de objetos de arcilla cocida, que supone la existencia de un proceso aditivo de manufactura donde el tamaño de los objetos es cada vez menos constreñido, la fragmentación no cerámica es parte del proceso a largo plazo de reducción de materias primas (Chapman: 2000, 90).

Con respecto a la piedra tallada, asumimos que la fragmentación de materias primas líticas que es fundamental para la tecnología de útiles de piedra, y raramente se ha calculado su potencial significado social fuera de la metodología clásica de las cadenas operativas. En este punto, Chapman sigue las tesis de Manolakakis respecto de la fabricación de hojas muy largas, de más de 44 cm. de longitud, cuyo tamaño excluye su uso utilitario y favorece el simbólico. Manolakakis mantiene que estas superhojas fueron producidas por especialistas que usaban grandes equipos inmuebles para talla a presión de bloques compactos de sílex filoniano. Se supone que se usaban truncadas para hacer útiles. Pero, ¿por qué hacer grandes hojas para romper cuando podían hacer más pequeñas con menos esfuerzo? Junto a este modelo, ella distingue otro, donde se usaban sin modificar: el funerario, señalando el prestigio en tumbas de alto rango. En el discurso de Chapman, Manolakakis no aprovecha el potencial de encadenamiento de los restos intercambiados. Las superhojas individuales son así asociadas con el prestigio de un especialista tallador particular, así como con un propietario (o cadena de propietarios) de gran reconocimiento, que pueden estar encadenados mediante la fragmentación en truncaduras de uso en el dominio doméstico.

En otro orden de cosas, a veces se apunta el "carácter fragmentado" de las industrias líticas, como en la Depresión de Vera y Cuenca del río Almanzora, donde el Neolítico muestra un 75% de incompletos en el Neolítico, y del 80% en el Calcolítico el 80% (Cámalich Massieu y Martín Socas: 1999, 248).

En el caso de la piedra pulimentada se comenta su existencia como productos exóticos para muchas tierras bajas. De hecho se depositan rotas o com-

pletas en tierras aradas o depositadas como objetos domésticos en un asentamiento (funcional), y completando un tesoro o tumba (simbólico) (Chapman: 2000, 91). Un hacha de jadeíta estaba deliberadamente golpeada, junto a sílex y cerámica en Sweet Track (Bond: 2003, 5). Recientemente se ha añadido otra posibilidad, cual es el uso de desgrasantes de dolorita y riolita –el mismo material con el que se hacen las hachas de combate– (Gibson: 2003, vi-vii).

La distinción entre ornamentos de concha completos e incompletos está clara para grandes objetos tales como brazaletes, pendientes y anillos/aretes. Sin embargo, la distinción es menor en pequeños objetos como cuentas y placas (Chapman: 2000, 96-7).

El intercambio de ornamentos de conchas de *Spondylus*, en una cadena de bienes de prestigio desde el Mar Negro al Mar del Norte comprende objetos completos y fragmentarios, con una alta proporción de ítems completos en contextos domésticos. La deposición deliberada de ornamentos incompletos en contextos especiales ha sido interpretada como apropiación simbólica por los vivos de la fama y del estatus del linaje del muerto, donde los fragmentos “perdidos” están localmente presentes, y por apropiación de parte de la riqueza y/o fama o patrones de intercambio distante, donde los “fragmentos perdidos” nunca pasaron a la comunidad local, un intento para mantener enlaces a larga distancia con otras comunidades. Sin embargo, conocerse que muchos de los ornamentos *spondylus* han sido depositados completos, indicando que el encadenamiento puede tener la forma de la transferencia de objetos completos, justo como el anillo Kula. En el intercambio Kula el tamaño, forma, color y belleza de los brazaletes son cualidades importantes que hacen la base de la tipología de brazaletes que corrobora la distinción unida a cada ornamento de concha. Estas cualidades son mejoradas si el ítem está completo; el encadenamiento llega a ser entonces operacional en el siguiente nivel lógico –la serie comprende sus partes constituyentes completas. Esta operación es más obvia en el caso de cuentas, agrupadas en tobilleras, brazales, collares y decoraciones de cabeza, pero puede también ser encontrado con pares de brazaletes, uno en cada brazo (Chapman: 2000, 98).

En el dominio de los metales, el incremento del uso del Cobre y oro en el Cobre balcánico ofreció un nuevo rango de oportunidades para el desarrollo y mantenimiento de relaciones sociales a través del uso de cultura material. Renfrew concluyó que los útiles de Cobre eran primero símbolo de status o bien de prestigio, de significado social mejor que tecnológico. En este caso su fractura hay que relacionarla más con la fragmentación intencionada que con la rotura (Chapman: 2000, 99).

Con respecto a los restos de hueso, a pesar de la falta de estudios, podemos intuir que no todo es tan obvio como se puede pensar. La intensa fragmentación de huesos en El Capricho (Madrid) implica una limpieza sistemática (Díaz del Río: 2001, 181), como consecuencia, o compatible con su vertido (Díaz del Río: 2001, 189). La fauna compuesta por cabra, suido joven, y bóvido, del suroeste de la Meseta Norte, presenta no sólo síntomas de manipulación, sino que se sugiere que o bien fueron fragmentados en otros lugares y arrojados en una fosa, o al contrario, fragmentados en ella y transportados a otro lugar. Esto sin descartar que las esquirlas puedan ser restos consumidos *in situ* y depositados como desperdicios del troceado. Son muy escasas las huellas de manipulación con objetos cortantes (Fabián García: 1995, 78).

Los elementos no cerámicos objeto de fragmentación más numerosos son los huesos humanos. Los depósitos de huesos humanos se han venido interpretando de dos formas distintas: de una manera desestructurada, fruto del azar, es decir, como parte de la "basura" de un yacimiento; o de un modo estructurado, significando un enlace con el mundo de los ancestros. La información con que contamos actualmente, nos indica que algún rito, como el "culto al cráneo", tiene su origen en el Paleolítico Superior (Bosinski: 62) y Neolítico (Bernabeu, Aura y Badal: 1995, 121-2). Si unimos este dato con el de la fragmentación de figurillas de Dolni Vestonice, concluiremos que la fragmentación ha sido el modo de relación entre los hombres más antiguo y dilatado.

Es, justamente en este marco de significados, donde J. Chapman señala el papel crucial de algunos de estos entierros vernáculos en lugares de habitación. La estrecha asociación entre los ambientes vividos y los restos mortuorios se explican como refuerzo de las estrechas relaciones entre ancestros purificados y los vivos; un método más directo de crear o mantener lazos de linaje en los Balcanes (Chapman: 2000, 140). Pero también nos recuerda el ritual funerario de nuestra cultura argárica, cuya naturaleza parental ha sido recientemente puesta al día gracias a los trabajos más recientes (Castro y otros: 1999).

Los restos óseos de finados durante los períodos Mesolítico, Neolítico y Cobre incorporan los dos principios fundamentales de las relaciones humanas, la individualidad y la colectividad. La personalidad individual se relaciona con un grupo mediante la expresión de los que cuidan de las reliquias de los ancestros o el lugar de su enterramiento. En cada persona se distingue al mismo tiempo un individuo y un conjunto de partes pertenecientes a agrupamientos mayores, incluso jerarquías. Pero, el principal mecanismo por el que las personas colectivas forman relaciones sociales es el encadenamiento o intercambio de objetos de valor personal, que una vez muertos pasan a ser partes de la persona divisible (Chapman: 2000, 179-180).

En un estudio realizado por G. Lucas (Lucas: 1996) sobre los cambios de ajuares, tratamiento del cuerpo y la arquitectura de las tumbas desde el Neolítico al inicio de la Edad del Bronce en Yorkshire, hemos encontrado un conjunto de referencias que apoyan nuestro discurso.

La primera fase considerada (3700-2900 AC cal.), que denomina "la ancestralización del cuerpo", señala la presencia de comunidades seminómadas de pastores-hoticultores, para los que la muerte, a tenor de paralelos etnográficos, en un rito de paso. Los enterramientos se efectúan en tumbas colectivas, de cámara con tres compartimentos. Las cámaras conservan restos de cuerpos (un 78%), pero también restos semicompletos o completos, colocados en posición fetal cara al sur. Los machos tienen la cabeza al oeste y las hembras al este. Los fragmentos pudieron ser desmembrados en la propia cámara, pero también en hoyos o áreas de descarnación, lo que permite explicar la existencia de tumbas vacías.

En estos entierros, los ajuares se colocan alrededor del cuerpo, principalmente de la cabeza y las articulaciones. Según Lucas (Lucas: 1996), en algunas sociedades las articulaciones del cuerpo representan diferentes relaciones de linaje; se trata de áreas que simbolizan puntos de crecimiento y bifurcación, expresando dinámicas de ascendencia o descendencia.

Continuando en el Yorkshire, entre las datas calibradas 3300 y 2900 AC, encontramos un período de cambios en los ritos mortuarios del Neolítico Antiguo. Como dato que nos pueda interesar en nuestro discurso, citaremos el uso de fosas para los cuerpos, relacionable con un estilo de vida más sedentario, que indica la preferencia por un lugar de muerte más estable. El uso de hoyos puede tener estrechos lazos con los fosos axiales o terminales de cámara, para enterramientos secundarios al fondo de la cámara. Suspender el movimiento significa también suspender la transformación del cuerpo (Lucas: 1996, 115, nota 3).

A inicios del III milenio AC los ritos mortuarios parecen haber desaparecido del registro, en los 400 años siguientes hay muy poca evidencia definitiva de enterramiento el peso del material viene del tipo de asentamiento, particularmente en hoyos. Parece que el poder de la autoridad ancestral ha sido desconectado del cuerpo, un poder más "secular" necesita legitimarse con el cuerpo (Lucas: 1996).

Tras esta etapa de "invisibilidad" del registro funerario (algo que nos recuerda mucho a otras situaciones de nuestra prehistoria peninsular), vamos a encontrar entre el 2500 y el 1700 AC calibrado, una vuelta a momentos anterior-

res. En efecto, es lo que G. Lucas (Lucas: 1996) llama "la descendencia del linaje": se reutilizan tumbas de fosa con enterramientos más antiguos. Los huesos se apilan al azar en el relleno, aunque también se encuentran partes seleccionadas del cuerpo junto a una inhumación articulada. Los cráneos, o partes de él, se representan más que otra parte del cuerpo, lo que parece continuar el significado más antiguo -al menos desde el Paleolítico Superior- de la cabeza como parte preeminente del cuerpo.

Todo esto se puede ver como una forma de apropiación de "reliquias ancestrales", aunque en estas fechas no siempre se relacionan a enterramientos campaniformes. La novedad del fenómeno campaniforme necesita legitimarse en el contexto local uniéndose a historias indígenas, así opina G. Lucas. Pero, además, el varón intenta establecerse como importante en términos de descendencia. Entre los Campaniformes la división entre hombres y mujeres se patentiza en el ritual funerario. Si este principio se toma en extremo, cada generación, se niega la mayor, como las tumbas simples llegan a ser la norma. Marcar la muerte con una tumba para recrea una historia cada vez, que pone en peligro a largo plazo la estabilidad del linaje como primera identidad social. Esto quiere decir que la ancestralización no es un rito de paso sino un estatus que puede ser ganado en la vida de uso y el enterramiento es más un recuerdo que una transformación.

Sugiere que las inhumaciones y su ajuar son parte de una economía más amplia en la que la autoridad de un ancestro se incrementa a través de desigualdades de reciprocidad y la acumulación de deuda.

Estos enterramientos en fosa, ya en una etapa del Bronce Reciente, también se documentan en Europa Central, donde proporcionan tanto la evidencia de enterramientos desmembrados, como la aparición ocasional de diferentes huesos del mismo individuo en diferentes hoyos (Harding: 2000, 334).

Pero, como dice Lucas (Lucas: 1996), el cuerpo puede ser desarticulado mediante la cremación. Si se interpreta la cremación como la anulación del linaje a través de la desarticulación, entonces claramente puede llegar a ser útil no para disminuir la importancia de la descendencia, sino como alianza.

4. El caso de Pocito Chico (El Puerto de Santa María, Cádiz)

Pocito Chico es uno de los yacimientos que circundan la laguna del Gallo, en la Bahía de Cádiz. Se trata del único yacimiento excavado; eso sí, con carácter de urgencia, entre los años 1997 y 1999. Se exhumaron dos estructuras sub-

terráneas, una de finales del Calcolítico (c. 2281 cal. A.C. y c. 2178 cal. A. C.) y otra del Bronce Final, cuya datación hemos interpretado como c. 773-771 cal. A.C.

Para interpretar esta última estructura hemos creado un instrumento estadístico que denominamos Test de Cohesión Estratigráfica, en adelante TCE.

Las conexiones entre los fragmentos pueden deberse a que han sido excavados y clasificados en más de una sección. Esta situación la encontramos en Pocito Chico, ya que utilizamos una metodología mixta, que permitió la subdivisión de las unidades estratigráficas mediante un testigo. Hemos eliminado este problema antes de estudiar las conexiones existentes entre las unidades estratigráficas. Las conexiones posibles han sido divididas en tres modalidades por Orton, Tyers y Vince (1997: 237-8):

- los contextos indican una rápida sucesión de acciones, como sucede en la Estructura 1 de Pocito Chico, fechable en el Bronce Final;
- en el segundo caso, el más normal, el material está movido y los fragmentos que pegan se encuentran en la zona superior de la estratigrafía. En Pocito esto no sucede, ya que casan fragmentos desde las unidades estratigráficas inferiores a las superiores y, por último,
- las distintas partes de una misma vasija han sido afectadas por fenómenos postdeposicionales, y tras la fragmentación se han seguido usando diferencialmente, por ejemplo se reutiliza la base y se tira el borde.

En Pocito Chico, la función que atribuimos a la conexión de fragmentos de distintos contextos fue la de "testear" el resultado estratigráfico que teníamos de excavación. Desde el principio contamos con una serie de problemas derivados de la dificultad de distinguir los diferentes estratos por la coloración de los mismos. Nos guiamos por la textura, por las formas generadas en las margas, y por las cerámicas a torno que nos aparecían. Además, nos vimos obligados a mantener un testigo ante estas dificultades y el problema ocasionado por trabajar junto a un cantil inicialmente de cuatro metros de altura.

No fue hasta la excavación realizada en el Fondo nº 1 de Campillo (López y otros 1996), cuando nos dimos cuenta, durante el estudio de los materiales arqueológicos, que estos, aunque procedían de distintos estratos, pegaban entre sí. En esta ocasión únicamente se contaba con dos niveles bien diferenciados. Fruto de este minucioso trabajo, se vertió en dicho libro la hipótesis de que esta estructura estuviera rellena de forma intencionada.

Con la lección bien aprendida, hemos puesto en práctica el mismo trabajo en el fondo de cabaña del Bronce que hemos excavado en el Área 1 de Pocito Chico. Para tal fin se destinaron a este trabajo varios colaboradores, así como parte del equipo de dirección durante toda la campaña. El trabajo se dividió de la siguiente forma: en primer lugar, y una vez lavado el material, se procedió a su siglado e inventario, esto nos permitió conjugar las cerámicas de distintos estratos. Se apartó el material a tenor de su forma, textura, coloración, y grosor; se buscó su unión y, antes de proceder a su pegado, se anotaban los que unían entre sí, siempre las fracturas antiguas. Así, de esta forma, hemos dividido estos materiales en dos: los primeros, aquellos en los que ha sido posible su restauración completa, bloque compuesto por un total de 6 piezas, así como los fragmentos de copas a torno compuestos por varios fragmentos cada una de ellas. En segundo lugar, hemos seleccionado uno de los estratos intermedios, en este caso el número 28, y sin hacer ninguna distinción de materiales comprobamos su relación con el resto de estratos a través de todos los fragmentos pegados.

En Pocito Chico se puede observar el porcentaje de la participación de los distintos estratos, en la restauración de 6 piezas completas y en 6 de las copas a torno. Se puede comprobar como los estratos 28, 34 y 41 tienen una significativa aportación de fragmentos en las piezas. Al mismo tiempo la participación de los estratos 46 y 47 son también muy significativos, si tenemos en cuenta que son los niveles más inferiores. De menos entidad se pueden calificar las aportaciones del resto de estratos, aunque no por ello menos significativas.

Especial lectura merece el estrato 14, pues es el superior y participa en la reintegración de un soporte de carrete, de una copa a mano, y de la copa a torno nº 6 (este hallazgo sirvió para separar la U. E. 14 de la 34). En estas piezas están junto a la U. E. 14, los estratos 28, 34, 41, 46, y 47, esto ya no es significativo, pues como hemos visto claramente en el diagrama, los distintos estratos, contienen fragmentos de un mismo objeto. La lectura a la que nos lleva el hecho de que el estrato 14 esté junto al 46, esto es, los estratos superior e inferior, es que todo el contenido de la estructura es un relleno intencionado, procedente de un mismo depósito original.

Así mismo, en Pocito Chico se observa el comportamiento de los 12 estratos que han aportado más de 100 fragmentos, respecto al número de fragmentos que unen con los procedentes del 28. En primer lugar, y de una forma que consideraremos lógica, la mayor aportación de fragmentos que unen con los procedentes del estrato 28, la componen los inmediatamente superior e inferior, estratos 14 y 34, este último es de forma clara el que mayor número aporta. Sin

embargo, vuelve a ser muy significativo el número de fragmentos que procediendo de los estratos inferiores, se unen a éstos.

Esto nos lleva a pensar, que esta acumulación ha tenido una deposición concreta. En un mismo lugar han sido vertidos una serie de elementos arqueológicos, compuestos por objetos de los que difícilmente nos desprenderíamos de ellos a menos que los perdiéramos o hiciésemos una deposición intencionada. Analicemos, pues, qué objetos encontramos. Primero, todos los elementos pertenecientes a una vajilla de uso doméstico, con las variedades observables en la tabla de formas, y con la salvedad de que está muy fracturada, si bien como hemos comprobado muchos fragmentos casan, incluso llegando a montar varias piezas. Segundo, ningún elemento cerámico ha aparecido completo. Tal vez las piezas más pequeñas, como "fichas" y dos pequeñas piezas con perforaciones, se han mantenido sin fracturar precisamente por su tamaño. Tal vez, cuando se han fracturado su depósito se ha efectuado en el mismo lugar, y cuando han sido utilizados para el relleno del Fondo, se han esparcido por varios estratos. Tercero, junto a todas estas piezas, claramente rotas por el uso cotidiano, arrojadas a la basura, encontramos otra serie de ítems más difíciles de deshacerse de ellos, pues se trata de objetos que pueden tener un alto valor económico, así como difícil su adquisición, por ejemplo las cuentas de cornalina, la cáscara de huevo de avestruz, el cuchillito de hierro o las cerámicas decoradas. Así pues, encontramos junto a varios elementos, que pudieran haber sido depositados por diferentes motivos y procedencias distintas.

5. Discusión

La forma en que se rompe la cerámica, y su posterior movimiento, es de utilidad para la investigación prehistórica. Durante el transcurso del tiempo los fragmentos que originariamente pertenecían a una misma vasija se pueden desplazar a grandes distancias. En este caso, los fragmentos se encuentran en contextos diferentes, y nos pueden informar sobre la forma en que se desplazaron los depósitos. Para esto, el conocimiento del grado de abrasión puede ser de utilidad (Orton, Tyers y Vince: 1997, 47-48).

Como venimos propugnando, los indicios sobre movimientos de fragmentos no sólo proceden de los Balcanes. En este sentido apunta el hecho de que en el enterramiento ya citado de Valdeprados, en los alrededores de Ávila, además del ajuar y de un puñado de huesos, se arrojan a la fosa unos tiestos campaniformes de tipo Ciempozuelos, según F. Fabián llevados allí, expresamente, desde un ámbito habitacional. Para este autor, esta función de los fragmentos

respondía a que "... su simbología era tal durante el Calcolítico y el Bronce Antiguo..." (Fabián García: 1995, 179).

Los autores que venimos citando, C. Orton, P. Tyers, y A. Vince, han señalado "que en la mayoría de los casos, resulta muy difícil hacer un estudio cuantitativo de este tipo de "conexiones entre fragmentos" (Orton, Tyers y Vince: 1997, 236). Opinión que matizamos. Es muy difícil, pero posible. Así lo podemos demostrar con los resultados obtenidos en Pocito Chico. Para los citados autores, la posibilidad de realizar este estudio ha de contar con contextos de tamaño reducido, procedentes de horizontes de destrucción o de otros conjuntos similares que contengan vasijas completas o semicompletas (Orton, Tyers y Vince: 1997, 239). Pocito Chico no se caracteriza por esto. Sus vasijas son significativamente incompletas a pesar de proceder de un conjunto "cerrado" (cf. Chapman: 1996). El número de fragmentos es relativamente pequeño, sobre todo si lo comparamos con otras colecciones cerámicas publicadas de cronologías similares.

El material de los diferentes niveles se ha estudiado a partir de técnicas de distribución que valoran tanto aspectos cuantitativos como cualitativos, teniendo como puntos de partida el número de fragmentos por cuadrículas, el peso de la muestra y sus valores medios y la propia distribución del material en el interior de cada cuadrícula. Posteriormente se han establecido las relaciones que los diferentes fragmentos establecen entre sí (por pertenecer a un mismo recipiente) tanto en sentido horizontal (materiales de la misma unidad sedimentaria) como vertical, lo que ha permitido la identificación entre sí de diferentes unidades estratigráficas consideradas como tales en el curso de la excavación (Ruiz y Molinos: 1993).

Podríamos comenzar reconociendo dos índices de la fragmentación cerámica, -el índice de fragmentación, que se refiere al número de piezas de algún vaso simple que ha sido encontrado, y el índice de conservación, que se refiere al porcentaje de algún vaso simple que está presente (Schiffer: 1987 y Fontana: 1998) (Chapman: 2000, 58). También se ha propuesto la práctica del análisis morfométrico desde una perspectiva multivariable, para ello es necesario el remontaje de los vasos fragmentados aparecidos (Contreras y otros: 1994).

Estos datos indican que, lejos de ser una práctica ocasional, la fragmentación cerámica prioriza que la deposición estructurada en tumbas fue una parte común del ritual funerario de la Edad del Cobre. Las formas se localizan ocasionalmente en el relleno, después del enterramiento del cuerpo y, también, en la tumba y en el relleno. De hecho, se citan tres casos donde las formas que casan

proceden de la tumba y el relleno. Por otra parte, algunas formas localizadas en diferentes partes del enterramiento pueden también ser reajustadas (Chapman: 2000, 51).

Esta revista de la localización de objetos fragmentados en enterramientos, depósitos en hoyos, y tesoros deja claro que la incorporación de objetos incompletos en contextos culturalmente significativos no es una práctica social dispersa por todas partes durante el Neolítico y Cobre de los Balcanes, sino específicamente en la Edad del Cobre. Si este es el caso, ¿cómo tiene lugar la fragmentación y qué ocurrió a las otras partes de objetos incompletos? (Chapman: 2000, 53).

Se ha señalado que el tratamiento de los fragmentos en enterramientos era aparentemente similar al que recibían las cerámicas corrientes que lo acompañaban. Esta situación ha sido vista como poco adecuada, incluso de 'desprecio', pero esto responde a una apreciación sobrevalorada de los enterramientos. De esta guisa los fragmentos de El Picuelo estarían en contradicción con los de la fosa funeraria de Valdeprados (Fabián García: 1995, 179).

Estamos ahora en posición de establecer que las figuritas y, muy probablemente, las cerámicas eran fragmentadas deliberadamente durante su vida de uso y las partes de estos tipos de artefactos son depositados en el yacimiento (Chapman: 2000, 59), mientras que otras partes no. Pero, ¿qué sucede entonces con las otras mitades? Hay unas pocas evidencias que conciernen al movimiento de fragmentos en el yacimiento y relativamente menor información sobre movimientos fuera del yacimiento. Sin embargo, hay una clase de evidencias que levantan intrigantes posibilidades sobre un comercio de fragmentos.

BIBLIOGRAFÍA:

- BOND, C. J. (2003): "The coming of the earlier Neolithic, pottery and people in the Somerset Levels"; en *Prehistoric Pottery: People, pattern and purpose*; BAR Int. Series 1156, 1-27.
- BOUGARD, Estelle (2003): Ceramic in the Upper Palaeolithic; en *Prehistoric Pottery: People, pattern and purpose*; BAR Int. Series 1156, 29-34.
- CÁMALICH MASSIEU, M^a. D. y MARTÍN SOCAS, D. (1999): *El territorio almeriense desde los inicios de la producción hasta fines de la Antigüedad. Un modelo: la depresión de Vera y cuenca del río Almanzora*; Junta de Andalucía. Consejería de Cultura. Arqueología. Monografías. Sevilla.

- CASTRO, P. y otros (1999): *Proyecto Gatas. 2. La dinámica arqueoecológica de la ocupación prehistórica*. Junta de Andalucía. Sevilla.
- CHAPMAN, J. (1996): Enchainment, commodification, and gender in the Balkan Copper Age; *Journal of European Archaeology*, 4, 203-242.
- _____ (2000): *Fragmentation in Archaeology. People, places and broken objects in the prehistory of south eastern Europe*. Routledge, Londres y Nueva York.
- CHASE-DUNN, Christopher y D. HALL, Thomas (2000): "Comparing World-Systems to explain Social Evolution", en R. A. Denemark: *World-System History: The Social Science on Long-Term Change*. Routledge, Londres y Nueva York. Pp. 87-110.
- DÍAZ DEL RÍO ESPAÑOL, Pedro (2001): "La formación del paisaje agrario: Madrid en el III y II milenios BC", *Arqueología, Paleontología y etnología*, 9, Madrid.
- FABIÁN GARCÍA, J. F. (1995): "El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce en la Meseta Norte: el enterramiento colectivo en fase de "El Tomillar" Bercial de Zapardiel, Ávila) en el marco cultural de la Prehistoria reciente en el Sur de la Meseta Norte española"; *Acta Salmanticensia. Estudios históricos y geográficos*, 93, Salamanca.
- FRANK, André G. y K. GILLS, Barry (1992): "The five year world System an interdisciplinary introduction", *Humboldt Journal of Social Relations*, 18, Nº2, 1-80.
- FRAZER, J. G. (1981): *La Rama Dorada*; Ed. F. C. E. Madrid.
- Génesis (1982): *La Sagrada Biblia*; Sirvagrup Ediciones, S. A. Barcelona.
- GIBSON, A. (2003): Prehistoric Pottery: People, pattern and purpose: some observations, questions and speculations; en *Prehistoric Pottery: People, pattern and purpose*; BAR Int. Series 1156, v-xii.
- HARDING, A. (2000): *European Societies in the Bronze Age; Cambridge World Archaeology*.
- LAZARICH GONZÁLEZ, Mª (2003): *El Jadramil (Arcos de la Frontera). Estudio arqueológico de un asentamiento agrícola en a campiña gaditana*; Ayto. de Arcos e la Frontera.
- LÓPEZ GRANDE, Mª. J. (1994): Posible simbolismo funerario de fragmentos cerámicos en Egipto; *Espacio, tiempo y Forma*. Rev. Ftad. Geog. E Hª. Antigua. Serie II, t-7, 13-21.
- LUCAS, Gavin M. (1996): Of death and debt. A history of the body in Neolithic and early Bronze Age Yorkshire; *Journal of European Archaeology*, 4, 99-118. Cruithne Press. Glasgow.

- MÁRQUEZ, J. (2001): De los 'Campos de Silos' a los 'Agujeros Negros': sobre pozos, depósitos y zanjas en la Prehistoria Reciente del Sur de la Península Ibérica; *Spal*, 10, 207-220. Sevilla.
- RUIZ GIL, J. A. y LÓPEZ AMADOR, J. J. (Coords.) (2001): *Formaciones sociales agropecuarias en la bahía de Cádiz. 5000 años de adaptación ecológica en la Laguna del Gallo*. El Puerto de Santa María. Sanlúcar de Barrameda.
- RUIZ GIL, J. A. (en prensa): *Creer y Crear. El Patrimonio Cultural Andaluz en la encrucijada de la Globalización*. Asociación de Historia Actual (AHA).